PANORAMA INTERNACIONAL

LA idea del «rayo de la muerte» aparece en las más antiguas novelas de «ciencia-ficción» —de cuando el género no se llamaba aún «ciencia-ficción»— y representa el sueño militar del «arma absoluta», sin defensa posible. Un senador norteamericano se ha referido al rayo ahora y ha dicho: «Lo estamos fabricando». Los senadores no siempre son serios en los Estados Unidos, pero Richard B. Russell es, además, presidente del Comité de Servicios Armados del Senado, lo cual debe calificarle como una autoridad en la materia. Según él, no sólo los Estados Unidos, sino también la Unión Soviética, están tratando de crear este arma que dejaría limitado el uso de la bomba atómica a los países subdesarrollados. En realidad la intención de Russell era la de defender el presupuesto militar presentado por el Secretario de Defensa, McNamara, cifrado en unos cincuenta mil millones de dólares, con el cual Russell cree que su país podría mantener la superioridad militar sobre cualquier adversario. Las discusiones del Comité de Servicios Armados han durado tres días, que han sido paralelos a las discusiones en Ginebra de la Conferencia de Desarme. En esta contradicción vivimos, y de ella se nutre nuestro momento histórico. Los preparativos de guerra y los preparativos de desarme son simultáneos. En los últimos meses, incluso durante todo el año pasado, la balanza se inclinaba hacia el desarme. Por lo menos, hacia la apertura de una tregua, hacia la profundización de negociaciones. Ahora, hay bastantes signos de un cambio de tendencia. Las últimas reuniones de la Conferencia de Ginebra representan un marasmo. Las discusiones entre los delegados vuelven a hacerse, como en los peores tiempos, confusas y largas. Se discuten vaguedades, se reflejan desacuerdos continuos. Esta Conferencia de Ginebra se había considerado previamente como un gran acontecimiento mundial; se pusieron en ella grandes esperanzas. Johnson presentó un plan que parecía generoso; Krutschev envió un mensaje constructivo. Pero todo se alarga, todo se va quedando en cuestiones de procedimiento, en desconfianzas, en regateos. Se prolonga una historia que dura ya desde hace diecisiete años; diecisiete años desesperando al mundo, haciendo ver claramente al mundo que bajo la apariencia del drama hay una trama de farsa. Solamente que en los últimos tiempos tres acuerdos esenciales —el ««teletipo rojo», el Tratado de Moscú, la prohibición de poner armas nucleares en órbitas sobre la Tierra— hicieron pensar que la próxima reunión no sería así. Cuando los doscientos delegados de diecisiete países tomaron asiento en los butacones de cuero verde del Palacio de Ginebra —escenario de tantas farsas—, una esperanza estaba abierta. Unas palabras de Kennedy simbolizaban esta reunión: «El mundo sólo estará seguro cuando todos hayamos destruido estas armas que parecen ofrecer una seguridad para el momento, pero que amenazan la supervivencia futura. El día del armisticio parece aún lejano». Las discusiones actuales aún han alejado más el día del armisticio. Claro que Kennedy ya no está en este mundo. Con una tendencia a lo superficial, a lo aparente, podría decirse que las cosas han cambiado por la muerte de Kennedy. Pero será más exacto decir que la muerte, el asesinato de Kennedy se produjo **para** que las cosas no fueran igual.

relevos en washington

LENTA, pero claramente, Estados Unidos prosiguen su «deskenedización» —si se me permite un vocablo espantoso, pero exacto—. Creo haber hablado de esto en los últimos tiempos, especialmente la semana pasada. En los últimos siete días los indicios han aumentado y la nueva política —o, si se quiere, el regreso a la antigua política— se va configurando. Unas declaraciones de Robert Kennedy, hechas al «American Journal», parecen muy expresivas. «Pienso —dice el hermano del asesinado— **renunciar a mis funciones oficiales, aproximadamente por un año, para consagrarme a la enseñanza y quizá para hacer algunos viajes con mi familia».** Un año es, precisamente, el tiempo aproximado que le quedaba a Johnson hasta las elecciones presidenciales, para las cuales parecía segura la candidatura de Robert Kennedy a la vicepresidencia. Si Robert Kennedy lleva a cabo sus proyectos, quiere decir que ya no comparte la política de Johnson, que la política de Johnson ha dejado de ser lo que parecía en un principio y lo que el nuevo Presidente había anunciado: una continuidad. Tres de los hombres más significativos del equipo de la «nueva frontera» habían desaparecido ya cuando Robert Kennedy hacía esta declaración (Sorensen, Schlesinger Jr., Thimoty J. Rearden). Y casi al día siguiente se anunciaba otra baja de primera magnitud: la dimisión del general Maxwell D. Taylor, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que será efectiva en septiembre (necesita la aprobación del Secretario de Defensa y la del propio Presidente Johnson). La razón oficial es que Taylor tiene ataques bronquiales y sesenta y tres años de edad. La más profunda es que Taylor representa la política militar de Kennedy. Taylor estaba ya retirado cuando Kennedy le pidió que se reintegrase al servicio: durante el último año y medio de su vida el Presidente le consideró como uno de sus consejeros más íntimos, y gracias a él se soldaba la antigua fisura entre la Casa Blanca y el Pentágono. Con Taylor va a desaparecer otro jefe de Estado Mayor, Lemay, del Ejército del Aire, que era también una creación de Kennedy y que se va a retirar este verano.

Se piensa en Washington que la desaparición de Robert Kennedy del Gobierno puede hacer retirarse inmediatamente otros antiguos hombres de la «new frontier», que irían preparando el equipo para las elecciones presidenciales de 1968. Otros, en cambio, se quedarán al servicio de Johnson, mediante un cambio de política. La pauta la ha dado ya Dean Rusk, el secretario de Estado, que en dos meses de actuación ha cambiado ya la línea general de la política exterior del país.

antiguos hombres nuevos

APARECEN, en cambio, hombres nuevos. La significación es la misma que la de las dimisiones: borrar la política liberal, inclinarse hacia una política más conservadora, más cerrada, más dura. El nombramiento de Thomas Mann como secretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos —es decir, la dirección de la política hacia Hispanoamérica— es la renuncia más espectacular a la política de Kennedy. Por la razón de que Kennedy había quitado a Mann ese cargo y le había enviado a un cierto olvido, a la Embajada de los Estados Unidos en Méjico. Mann, tejano como Johnson, está considerado como «intransigente e insensible» (son palabras de Boris Kidel escritas en Washington) a los deseos de los países americanos de liberarse del dominio americano. Su primer acto ha sido romper toda posibilidad de diálogo con Panamá acerca del Canal, al rechazar cualquier modificación en el estatuto actual. La idea de que la política de dureza puede prosperar en Panamá es tan ajena a la realidad como la de que Estados Unidos pueden volver a la intransigencia en la guerra fría, y luego veremos por qué. El «Washington Post» ha escrito que «la dureza no dio ningún resultado en la crisis de Suez, y no hay ningún signo de que vaya a servir en el caso de Panamá». Sin embargo, en los últimos días de la semana pasada, Thomas Mann ha dado una muestra nueva de su intransigencia en el caso de los pesqueros cubanos incautados por los Estados Unidos alegando que se encontraban en aguas territoriales de Florida, mientras Cuba mantiene que estaban en aguas internacionales. Una nueva crisis cubana se ha abierto así. Estados Unidos encarcela los pescadores, se incauta de los barcos; Castro responde cortando la provisión de agua de la base de Guantánamo —donde residen 10.000 norteamericanos—. Los clásicos congresistas de la ruptura han comenzado a trabajar: Goldwater preconiza que el agua la tomen a la fuerza los **marines**; Kenneth Keating pidiendo que se vuelva al bloqueo de Cuba con los mismos rigores del año 62. Como es natural, la Unión Soviética apoya firmemente a Castro. Y un cierto viento de guerra fría vuelve a soplar en el Caribe...

UN CIERTO VIENTO FRIO

Por Eduardo HARO TECGLEN

fuera de la onu

O que es curioso es que en estos momentos toda la diplomacia norteamericana se esfuerza en dirigir los problemas agudos que están en curso, fuera del ámbito de las Naciones Unidas. Esto puede significar otra clave de nuestro tiempo, que es el de la pérdida de la hegemonía norteamericana sobre la ONU, que viene acentuándose desde el ingreso de los países del «tercer mundo» y que se manifiesta cada vez más claramente con la nueva actitud francesa. Mann y sus consejeros quieren que el caso de Panamá no se presente ante la ONU, porque claramente han visto que la opinión mundial está en contra de los Estados Unidos en este asunto, y tendría que usar su derecho de veto en defensa propia. El gran núcleo de los países descolonizados, al que se uniría por despecho el de países que se han quedado sin colonias por culpa —o por insistencia— de Estados Unidos, aprovecharían esta gran ocasión de consagrar la soberanía de un país miembro en todo su territorio. El mismo problema amenaza en Chipre, donde Gran Bretaña y Estados Unidos quieren intervenir con fuerzas de la NATO, anomalía que no debe aceptarse, puesto que Chipre no pertenece a la NATO y ninguno de los bandos en presencia quiere ver a los soldados atlánticos interviniendo. La URSS trata de llevar el caso al Consejo de Seguridad, y esto es precisamente lo que tanto británicos como americanos tratan también de evitar. U Thant, al salir precipitadamente de Chipre con destino a Nueva York, se mostró partidario de esta última solución. Finalmente está el caso de la gran Malasia, que tampoco los americanos quieren ver en el Consejo de Seguridad, y mucho menos transferido a la Asamblea General, para mantener alejado el voto de los afroasiáticos, contrarios a la intervención de Estados Unidos.

viento frío, pero efímero

los dos meses y medio de la muerte de Kennedy, un cierto viento frío vuelve a soplar sobre las relaciones internacionales; un cierto número de conflictos vuelven a enfrentar a los dos grandes bloques. Se trata de saber si es una situación provisional, uno de esos regresos típicos en la historia que avanza en zig zag, o si tiene más gravedad. A mi juicio, el Presidente Johnson está tratando de incorporarse las fuerzas de la derecha, las que creían y manifestaban que Kennedy arruinaba al país con su política liberal. Johnson, a raíz del asesinato de Kennedy, ha sido consciente de la fuerza enorme que existe en la oposición conservadora: fuerza económica, fuerza sobre la opinión pública a través de los medios de información, y fuerza ciega y brutal, finalmente: una fuerza capaz de llegar a crear las condiciones necesarias para el asesinato de noviembre y para mantener la cortina de humo sobre cualquier esfuerzo de investigación (1). Johnson, a menos de un año de las elecciones, trata de sumarse esta oposición, de demostrar que los tiempos débiles han pasado... Hay quien cree que el tejano Johnson participa personalmente, al menos de una manera ideológica, del gran núcleo conservador del país, y que quienes soñaban con la desaparición de Kennedy soñaban también con que esa desaparición llevaría al poder precisamente a Johnson —con lo cual conseguían un «golpe de estado constitucional»—, capaz de desarrollar moderadamente la política que les interesa o, al menos, de frenar la velocidad de la política de Kennedy. Este último hecho está conseguido.

Sin embargo, hay que confiar en que este movimiento de retroceso sea efímero. La guerra fría en todo su desarrollo sólo es posible en condiciones como las que vivió: como consecuencia de una postguerra mal organizada, o más claramente organizada en función de unos determinados imperialismos surgidos entre los vencedores. Vivió durante un tiempo, y terminó aquella etapa —o está terminando—, como consecuencia de unas ideas generales, de unas ideas mundiales que la hacían imposible. Decimos y admitimos comúnmente que Juan XXIII, Kennedy y Krutschev, cada uno en su esfera de acción, fueron los hombres cuya conjunción hizo desaparecer la tensión internacional, y es precisamente lo contrario lo que ocurrió: fue las necesidades del mundo, la presión de los pueblos, el espectro de la guerra atómica flotando sobre el mundo, la aparición de naciones nuevas, lo que creó las condiciones de convivencia en las cuales pudieron aflorar hombres como ellos. No olvidemos que todos fueron elegidos: un Cónclave, unas elecciones generales o un Soviet Supremo saben encontrar el hombre del momento, que responda a las corrientes del momento y las canalice en el sentido de la historia. Muchas personas mantienen que la Humanidad es ciega y va hacia su fin. Pero no creen tal cosa los católicos y, en general, los providencialistas; ni creen en ello los deterministas históricos, ni los materialistas dialécticos. En general, puede decirse que todos los acontecimientos de este principio de año tienden hacia la reanudación de la guerra fría, pero que estos acontecimientos están divorciados de la corriente natural histórica, que sigue siendo el de la convivencia y la coexistencia. El malestar se irá probablemente acentuando: habrá que ver si las fuerzas que están entrando en acción son capaces de cambiar la corriente de opinión pública que parece ya instalada en las bases de la paz y la convivencia.

---

(1) *Don Iddon, corresponsal en Estados Unidos del «Daily Mail» de Londres, daba en el número del viernes 7 de febrero algunas cifras acerca de esta fuerza de la extrema derecha, de la «derecha fanática». Según cálculos oficiales hay unos 1.050 grupos de «ultras», contra sólo 150 grupos de extrema izquierda. La «John Birch Society», conocida por sus posiciones políticas fascistas, declara que tiene un presupuesto equivalente a 150 millones de pesetas para gastar en propaganda durante el año. La «Christian Nationalist Crusade», dirigida por el antisemita Gerald Smith, ha recibido durante el año pasado el equivalente de 16 millones de pesetas en donativos.*